

El refugio en el margen.

La búsqueda de autonomía frente a un sistema que no se deja abandonar.

1. Las condiciones del refugio.

Hay una grieta en el relato del progreso occidental que cada vez más personas se atreven a mirar de frente. No es la crisis económica, ni la emergencia climática, sino la sospecha de que el sistema que promete bienestar y seguridad está, en realidad, diseñado para provocar una dependencia estructural que nos deja sin margen de maniobra. Frente a esa sospecha, han surgido respuestas de todo tipo y, entre ellas, una de las más silenciosas, obstinadas y, a la vez, lúcidas es la de las comunidades de transición.

Estas iniciativas no son una huida hacia la montaña ni un retorno romántico al pasado, son un intento pragmático y a menudo doloroso de construir resiliencia local frente a lo que sus fundadores consideran un colapso inevitable: el fin del petróleo barato, la crisis climática y la fragilidad de un sistema económico global que depende de cadenas de suministro que pueden romperse en cualquier momento.

La tesis de este ensayo es que las comunidades de transición son el laboratorio más honesto de que disponemos para medir los límites de nuestra autonomía y su historia, con sus éxitos y fracasos, nos enseña que el refugio en el margen es necesario, pero no suficiente.

2. La utopía que empezó en un aula.

El movimiento no nació de un manifiesto político ni de una gran organización, nació en 2005, en el aula de un curso de permacultura en Kinsale, un pequeño pueblo del sur de Irlanda. Su profesor, Rob Hopkins, proyectó a sus alumnos el documental *The End of Suburbia*, que alertaba sobre el inminente pico del petróleo.

La reacción de los estudiantes no fue la parálisis y, junto con Hopkins, diseñaron un "Plan de Acción para el Descenso Energético", un documento que imaginaba cómo Kinsale podría sobrevivir y prosperar sin depender del petróleo. Un año después, Hopkins regresó a su ciudad natal, Totnes (Inglaterra), y puso en marcha la primera "*Transition Town*".

La idea se expandió rápidamente. En Totnes se crearon grupos de trabajo para la alimentación, la energía y la economía; florecieron los huertos compartidos; se lanzó una moneda local, la Librea de Totnes, para mantener el dinero circulando en la comunidad; y se impulsaron cooperativas de energía renovable.

Hopkins siempre insistió en que el movimiento no era un plan maestro, sino un conjunto de principios para mirar el futuro con realismo, crear una visión positiva de lo que podría ser y empezar a construir ese futuro aquí y ahora, con los recursos disponibles.

Hoy, la Red de Transición global agrupa a miles de iniciativas en más de 50 países. No es un partido, ni una ONG, ni tiene un liderazgo centralizado. Es una constelación de experimentos locales que comparten la intuición de que la escala de los problemas globales exige respuestas locales y que la mejor forma de prepararse para un futuro incierto es tejer comunidades más fuertes y autosuficientes.

3. Los rostros del experimento.

En España, el movimiento llegó con fuerza a principios de la década de 2010. La Red de Transición (RedT) se convirtió en el nodo que conecta las iniciativas. En Cardedeu (Barcelona), el proyecto *Cardedeu Autosuficient* creó una cooperativa de consumo de 35 familias para adquirir productos locales y ecológicos, y se organizaron proyecciones de documentales y talleres para difundir la idea.

En Zarzalejo (Madrid), una de las primeras localidades en adherirse a la red, se impulsaron huertos comunitarios y se trabajó para recuperar variedades agrícolas locales.

Fuera de España, los ejemplos son igualmente variados. En Totnes, el proyecto *ATMOS* logró rehabilitar una fábrica cerrada para convertirla en viviendas asequibles y espacios para empresas locales, poniendo a la comunidad en el centro de la reurbanización.

En la península de Black Isle (Escocia), el proyecto *A Million Miles* consiguió reducir el uso del coche en 1,3 millones de millas en tres años, fomentando el uso de la bicicleta y los desplazamientos a pie.

En Telheiras, un barrio de Lisboa, el grupo de transición ha creado un mercado de productos locales, un banco de tiempo y un programa de compostaje comunitario.

Y en Santiago de Chile, la iniciativa *Transición en la Reina* ha puesto en marcha una cooperativa de energía solar y talleres de reparación de electrodomésticos.

Son logros modestos, frágiles, a menudo invisibles para los grandes medios, pero son reales y demuestran que otra forma de organizar la vida cotidiana es posible, aunque sea a pequeña escala.

4. El precio de remar contracorriente.

Sin embargo, la historia de las comunidades de transición está llena de grietas. La más visible es el agotamiento de los voluntarios. Un estudio interno de la Red de Transición global identificó que los desafíos más comunes son "el cambio a largo plazo, el compromiso y el conflicto dentro de los grupos".

Los propios participantes lo describen con crudeza: "El movimiento necesita modelos de negocio que se paguen a sí mismos, en lugar de depender de unas pocas personas capaces que trabajan hasta quemarse". El *burnout* no es una excepción, es la norma en muchas iniciativas que dependen del entusiasmo de un núcleo reducido de personas que, con el tiempo, se ven desbordadas por la carga de trabajo y la falta de relevo.

El segundo desafío es la falta de diversidad. Las comunidades de transición tienden a estar compuestas por personas de clase media, con un nivel educativo alto y, a menudo, mayores de 60 años. Esto no es un defecto moral, pero sí un límite estructural, porque, si el movimiento no logra conectar con los sectores populares, con los jóvenes y con las comunidades migrantes, su capacidad de transformación se reduce a un nicho.

La crítica de que el movimiento es "apolítico" y de que, al centrarse en lo local, corre el riesgo de aislarse y de no cuestionar las causas sistémicas de la crisis, es una advertencia que los propios participantes reconocen.

El tercer desafío es la dependencia del sistema. Por mucho que una comunidad intente ser autosuficiente, sigue necesitando internet, asistencia sanitaria, herramientas, piezas de repuesto y, en última instancia, dinero. La autonomía total es un espejismo y la tensión entre la aspiración a la independencia y la realidad de la interdependencia es, quizá, la contradicción más profunda del movimiento.

5. La vida después del intento.

Las comunidades de transición no han fracasado, porque han demostrado que es posible empezar. Han plantado huertos en parques públicos, han creado monedas que circulan en los barrios, han rehabilitado fábricas abandonadas y han tejido redes de apoyo mutuo donde antes solo había aislamiento. Nos han recordado que la vida en común no tiene por qué regirse por la lógica del máximo beneficio.

Pero su historia también nos enfrenta a la conclusión de que la autonomía no se conquista de una vez y para siempre, sino que requiere un esfuerzo constante, un relevo generacional que a menudo no llega y una capacidad de adaptación que choca con la rigidez de las estructuras sociales. Quienes han liderado estas iniciativas, al envejecer, a menudo miran atrás con una mezcla de orgullo y frustración. Han aprendido que el sistema no se deja abandonar fácilmente, que la "burbuja" es más porosa de lo que pensaban y que la verdadera transformación no consiste en aislarse, sino en aprender a vivir dentro del sistema mientras se construyen, al mismo tiempo, los gérmenes de otra forma de vivir.